

**Domingo XXVIII del TO  
Ciclo A**



15 de octubre de 2023

Is 25, 6-10

Sal 22

Flp 4,12-14.19-20

Mt 22, 1-14

*P. Eduardo Suanzes, msps*

En todas las culturas, desde la del Polo Norte hasta la de Nueva Guinea, desde la de Corea del Norte hasta de la Suráfrica, desde las del Norte del Planeta hasta las del Sur, en todas las culturas, cuando deseamos celebrar algo en compañía con nuestros semejantes, lo que hacemos, es montar una comida. ¿Por qué sucede esto, por qué nos comportamos así?

Dicen los antropólogos que *el compartir la mesa* es una de las claves centrales en el funcionamiento de toda cultura -especialmente las culturas preindustriales-. Decía Lévi-Strauss<sup>1</sup>: «comer es el alma de toda cultura».

«En todas las sociedades, ya sean simples o complejas, el comer es la primera forma de iniciar y mantener relaciones humanas... Cuando un antropólogo descubre cuándo, dónde y con quién se come el alimento, puede deducir ya todas las demás relaciones entre los miembros de esa sociedad... Conocer qué, dónde, cómo, cuándo y con quien se come es conocer la naturaleza de esa sociedad»<sup>2</sup>.

En el compartir la mesa y ciertos alimentos, en el comer juntos se encierra todo un mundo de costumbres lleno de carga simbólica. Y la carga principal de las comidas celebrativas es que el que la ofrece se está dando a sí mismo en los alimentos que prepara, presenta y ofrece. En el inconsciente cultural está el deseo de unión entre comensales.

Por eso es que Dios en la Primera Lectura, elige este símbolo tan humano del banquete, de la comida, para representar la unión íntima que tendrá con cada uno de nosotros. Una unión en la que nuestras lágrimas todas serán enjugadas, nuestras heridas sanadas y nuestros anhelos más profundos colmados. Es un banquete de unión en el que el velo que cubre nuestros rostros, es decir, lo que nos impide conocer la realidad, la verdad, será quitado. Veremos con claridad y la unión con Él será definitiva porque la comida es Él mismo.

En el Evangelio, el protagonista no es un hombre cualquiera, sino un rey (Dios), que celebra la boda de su hijo (Jesús). Envía a muchos criados (profetas y misioneros) a llamar a los invitados. Unos rechazan la invitación de manera consciente y rotunda: «*No quisieron venir*». Otros responden con absoluta indiferencia: «*No hicieron caso*». Les

---

<sup>1</sup> Claude Lévi-Strauss fue un antropólogo y etnólogo francés, una de las grandes figuras de su disciplina en la segunda mitad del siglo XX.

<sup>2</sup> P. FARB-G. ARMELAGOS. *Consuming Passions: The Anthropology of Eating*, Boston, 1980.

importan más sus tierras y negocios. Como en la parábola de la viña del domingo pasado. Pero Dios no se desalienta. Por encima de todo habrá una fiesta

Por eso hay que ir a los «*cruces de los caminos*», por donde caminan tantas gentes errantes, que viven sin esperanza y sin futuro. La Iglesia ha de seguir anunciando con fe y alegría la invitación de Dios proclamada en el Evangelio de Jesús. Entonces el Rey invita a todos, buenos y malos, a todo tipo de personas. Pero aunque todos son invitados uno de ellos se presenta sin vestido de boda y es echado fuera.

Aquí se trata de las bodas de su Hijo, Jesús y esta boda, esta unión íntima y definitiva, se realiza con los mismos invitados porque la comida es el mismo Jesús.

La parábola explica<sup>3</sup> por qué la comunidad cristiana está compuesta de personas tan imprevisibles y, al mismo tiempo, contiene un toque de atención para todas ellas. En el Reino de Dios puede entrar cualquiera, bueno o malo. Pero, si se acepta la invitación, hay que presentarse dignamente vestido.

Para entrar en una mezquita hay que descalzarse. Para entrar en una sinagoga hay que cubrirse la cabeza. Para entrar en cualquier iglesia se aconseja o exige un vestido digno. Pero el vestido del que habla la parábola no se mide en centímetros ni se debe caracterizar por su elegancia. Es una forma de comportarse con Dios y con el prójimo. Y es que es fácil confesarnos creyentes, pero nada más difícil que entrar en la dinámica del evangelio. Hay, como dice Pablo, que vestirse de nuestro Señor Jesucristo. Pero no como un disfraz, que ahora me lo quito y ahora me lo pongo. Es un modo de vivir y de actuar que recuerde a los demás, cómo es Jesús. Esto es lo que significa ser memoria viviente de Cristo.

Imagínense a un pobre desgraciado que pide limosna por las calles de Jerusalén<sup>4</sup>. Despreciado, sin ánimo de futuro, es el último de los desgraciados de la ciudad. De pronto oye hablar a Jesús y se acerca. Le oye decir que el Reino de Dios se parece a un banquete que da un gran rey... Ese pobre hombre sentirá el abatimiento aún más fuerte porque, está claro, él nunca será objeto de invitación de ningún banquete. Se dispone a marcharse cuando, de pronto, las orejas se le ponen de punta al escuchar que los invitados rechazan la invitación. Asiste perplejo a la escena de ver cómo los sacerdotes, ancianos y los riquillos de la ciudad se levantan y abandonan el relato de Jesús. Se quedan solo unos pocos parias como él. Entonces, (continúa el relato) el Rey manda llamar a los pobres desgraciados como él. La pregunta es: ¿Tú te quedarías entre el corro de los parias o te marcharías con la gente importante? La respuesta que demos se convertirá exactamente en nuestro traje de bodas.

---

<sup>3</sup> Cfr. JOSÉ LUÍS SICRE. *Un banquete que termina mal*. En [www.feadulta.com](http://www.feadulta.com)

<sup>4</sup> Aconsejo leer a DOLORES ALEIXANDRE. *El banquete del Rey*. En [www.feadulta.com](http://www.feadulta.com)